

Oídos sordos, culturas y diferencias: de la exclusión al orgullo

FERNANDO RODRÍGUEZ GENOVÉS*

Resumen. Este artículo examina y critica algunos conocidos argumentos *culturalistas* esgrimidos en favor de una «política de reconocimiento», referidos no sólo a rasgos diferenciados sino incluso a notorias carencias o minusvalías de la persona. Para tal objeto, nuestro trabajo toma como punto de partida y referencia no una hipótesis o una situación contrafáctica sino un *caso real* actual: la decisión de una pareja de lesbianas norteamericana de dejarse inseminar por donantes sordos con el fin de tener *deliberadamente* niños sordos. La exaltación de la diferencia y de la especificidad puede llegar a chocar con las potencialidades y virtualidades de nuestra especie y crear un escenario moral y social no sólo pintoresco sino incluso siniestro.

Palabras clave: sordo, cultura, diferencia, culturalismo, minusvalía, exclusión, orgullo.

Abstract. This paper examines and criticizes some well-known *culturalist* arguments put forward in favor of «The Politics of Recognition», not only referred to features differentiated but even to notorious human handicaps or disabilities. To this end, our work doesn't take a hypothesis or a contrafactual situation as starting point and reference but an actual *real case*: the decision of an American couple of lesbians to be inseminated by deaf donors with the purpose of having deaf children deliberately. The exaltation of the difference and specificity can end up colliding with the potentialities and possibilities of our species. This may create a moral and social scenario which would be picturesque and even sinister.

Key words: deaf, culture, difference, culturalism, disability, exclusion, pride.

1. Una película, para empezar

En el año 1960, el director italiano Marco Ferreri filma en España *El cochecito*, a partir de un guión escrito junto a Rafael Azcona. El resultado, todo un clásico cinematográfico, es bien conocido: una crónica cruel, vitriólica, de las miserias de la naturaleza humana, de su desolación, de su orfandad, de su menesterosidad, personificadas en un anciano —portentoso José Isbert— cuyo anhelo irrefrenable es hacerse con un coche de inválidos para así *ser* como el resto de su grupo de amigos, compañeros de fatigas y de soledad, a la sazón inválidos en cochecito, pues él se siente muy desgraciado y muy marginado teniendo que ir sobre sus propias piernas, andando, trotando, siempre corriendo tras ellos, perdiendo el aliento, el resuello, mientras los orgullosos amigos se desplazan motorizados, tan ricamente. Para lograr su sueño, el atribulado caballero sin montura, melancólico como el de la triste figura, no dudará en tramar el envenenamiento de su familia, que no le entiende y se opone al desatino que le tiene poseído, marginado, todo con tal de seguir los pasos de la comunidad de adopción en la que se siente a gusto, sobre ruedas. Historia triste y amarga, humor negrísimo, real como la vida misma.

Fecha de recepción: 12 de junio de 2002. Fecha de aprobación: 5 de diciembre de 2002.

* Dirección: C/ Llevant, 9. 46110 Godella (Valencia, España). E-mail: frgenoves@ctv.es

2. Sueños, pesadillas y malestar

En su largo y empedrado camino en busca de la felicidad, el hombre ha tenido que sortear serios contratiempos y al hacerse grandes ilusiones, sufrir crudas decepciones. Es algo que no puede evitarse, por más que esté uno avisado. De esto sabía mucho Sigmund Freud, quien, por cierto, hubiese hecho maravillas interpretando las fantasías que acabo de referir, a la vista de lo que nos ha contado sobre otros casos parejos. Según dejó escrito el padre del psicoanálisis, aunque el objetivo último del hombre es el placer, el bienestar¹, en la práctica lo tiene todo en contra a la hora de conseguir ser feliz, pues el ceño del sufrimiento le amenaza en un fuego cruzado desde tres frentes implacables: 1) desde el propio cuerpo, que le constriñe, le limita y le condena a la decadencia y a la definitiva destrucción, recordándole que es finito, de carne y hueso, y que —como gusta decir a los enemigos del dualismo— «somos un cuerpo»; 2) desde el mundo exterior o el medio ambiente o la naturaleza que en su poderío envolvente le ampara, pero también le advierte y golpea²: poniendo de manifiesto su fragilidad y debilidad naturales, le mira con aire desafiante, superior y superlativo; y 3) desde la comunidad con los otros seres humanos, acaso la fuente de displacer y disgusto que peor se acepta, que más contraría y disgusta, pues el Otro, como decía Ortega, al ser aquel con quien en verdad contamos y debemos contar, nos guste o no³, su deslealtad y vileza decepcionan más que nada en el mundo. Y ocurre esto porque estamos persuadidos de que el Otro (yo para él) podría actuar bien cuando lo hace mal, es decir, de otra manera, cuando, por ejemplo, su mano no acaricia sino que golpea, cuando su boca no profiere palabras suaves sino llamaradas que devoran las entrañas. Mientras las cosas son como son, los hombres son lo que quieren ser. Es su elección lo que nos conmociona, nos trastorna, o nos alegra.

El hombre necesita saber con qué cuenta y con quiénes cuenta, para así saber lo que le espera: ésa es su esperanza, a pesar de todo. Para compensar las limitaciones del cuerpo, cuenta con las ciencias médicas; para frenar las presiones atmosféricas y los empujones de la naturaleza, con la técnica; para convertir al Otro de ser amenazante en socio cooperante, de posible agresor en efectivo colaborador, con la pedagogía, el cultivo de la sociabilidad y de los sentimientos, y también de la ética y la política. La cultura, en fin. Mas, no siempre se oye la voz de la cultura, o no se entiende, o su timbre provoca malestar. Es entonces cuando aparecen las culturas.

3. Una sórdida historia de sordos (o sordas)

Un reportaje de Liza Mundy, «A World of Their Own», publicado en *The Washington Post* (31 de marzo de 2002) daba cuenta de una tremenda historia real, que acaso pronto dará pie para una película de género. Sharon Duchesneau y Candice McCullough, dos mujeres norteamericanas, sordas de nacimiento, pareja sentimental desde hace ocho años, han dado a conocer al mundo una suprema decisión, una confesión: han sido inseminadas con esperma de un donante sordo al objeto de, intencionadamente, dar a luz niños sordos. He dicho decisión, aunque para ser

1 Véase Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 1970, pp. 20 y ss.

2 Una reflexión moral y política sobre este particular puede verse en mi «¿Proteger la naturaleza o protegernos de la naturaleza?», en *Razones para la ética. Ensayos de ética autónoma y de humanismo racional*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, 1996.

3 «Cuando se afirma que el hombre está *a nativitate* y, por tanto, siempre abierto al Otro, es decir, dispuesto en su hacer a contar con el Otro en cuanto extraño y distinto de él, no se determina si está abierto favorable o desfavorablemente.»: José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, Madrid, Alianza Editorial/Revista de Occidente, 1996, pp. 112 y 113.

más precisos habría que hablar de *proyecto*, de acción intencional realizada con vistas a un objetivo asociado y más extenso que el soportado por una mera resolución particular de personas individuales en el ámbito doméstico. Estaríamos, pues, ante un acto testimonial, y aun reivindicativo, una llamada que aspira a convertirse en una guía de conducta o una acción ejemplar. El hecho de que ambas mujeres ejerzan profesionalmente de terapeutas mentales y de sordos, de que el donante sea miembro de la activa y exclusiva para sordos Universidad de Gallaudet, Washington, así como que hayan decidido publicitar su caso con gran lujo de argumentos y razones *doctrinales*, abona la presunción de que, en efecto, no es éste tan sólo un caso de decisión privada, sino que nos hallamos ante lo que Peter Garrett, director de la revista LIFE, ha denominado un ejemplo de tecnología reproductiva «*running riot*»⁴, es decir, que se descontrola (literalmente: que se desmadra...), y muy sensacionalista, tanto o más que los experimentos biológicos o menús genéticos a la carta (*p. ej.*, madre sesentona que resulta ser abuela o tía de su hijo; mujeres, una estéril, la otra fecunda, que intercambian el ADN de sus óvulos para concebir un hijo que tendrá dos madres, *et alii*).

Estos sucesos ponen a prueba la capacidad investigadora de la ciencia y la imaginación y el capricho humanos, al tiempo que trastornan violentamente los criterios y los valores morales, a tal velocidad que los filósofos morales nos vemos materialmente sobrepasados a la hora de tener que emitir un dictamen de los hechos, una valoración. En su fundamento rebullen variadas problemáticas: el nacimiento y crecimiento de niños en el seno de parejas homosexuales (programación de individuos huérfanos de nacimiento⁵), la manipulación genética con fines terapéuticos o el uso de células madre embrionarias con aplicaciones médicas (los límites de una eugenesia «negativa» controlada al efecto de hacer frenar y retroceder lo que se consideran, o se han considerado hasta el momento, enfermedades o severas anomalías en la reproducción de la especie humana, todas ellas cuestiones que interesan a la reflexión ética en la medida en que afectan al examen y evaluación de una «vida de calidad»).

Con todo, lo que concita ahora nuestra atención, aunque comparta elementos con los mencionados, es la discusión acerca de un tema que no pertenece en primera instancia al ámbito de la llamada «bioética», sino que participa más bien de todos los atributos de la ideología contenida en los denominados «estudios culturales» y sus especialidades: «políticas de reconocimiento», identidad cultural, corrección política, exaltación de la diferencia, multiculturalismo. Es decir, lo que planea más allá de decisiones morales particulares, opciones sexuales concretas, disputas judiciales y económicas e intereses médicos es esta cuestión: ¿estamos en condiciones de poder discernir entre normalidad y minusvalía o impelidos a condecorar estos términos con el dudoso privilegio de la distinción, de tener que escribirlas siempre entre comillas?

Como, por lo demás, tampoco es función de los filósofos morales, *expertos en incompetencia*⁶, el prejuzgar comportamientos o diagnosticar remedios ni mucho menos sentenciar resoluciones, nos limitaremos en lo que sigue a examinar la base y el alcance de las principales razones que se han esgrimido en favor de este caso: la «decisión» de Sharon y Candice.

4 *BBC News Online*, 8 de abril de 2002.

5 Fernando Savater ha defendido, por ejemplo, de manera muy correcta el siguiente criterio: «Yo creo que programar huérfanos es una barbaridad. Una cosa es que la vida te obligue a ser huérfano, y otra que sea irrelevante ser huérfano o no», en Juan Arias, *Fernando Savater: El arte de vivir*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 58.

6 Cf. Odo Marquard, «¿Competencia para compensar la incompetencia? Sobre competencia e incompetencia en la filosofía», en *Adiós a los principios. Estudios filosóficos*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2000.

Duchesneau y McCullough forman parte de un movimiento creciente en los Estados Unidos, y por extensión en el resto del mundo⁷, que ve la sordera como una forma de «identidad cultural», no como una minusvalía. Es éste, según mi punto de vista, el nudo del problema moral aquí planteado, más que el de la legitimidad o no de los *diseños de vida*, cuestiones, sin duda, fascinantes e inquietantes, pero que, no abordaré aquí y ahora.

4. Una bendición especial

«Un bebé oyente (*A hearing baby*) sería una bendición. Un bebé sordo sería una bendición especial, porque así estaría igual que nosotras», manifestó Sharon Duchesneau antes de dar a luz a su hijo Gauvin, sordo. Es una actitud muy común entre los padres y madres, y muy encomiable, el desear para sus hijos lo mejor, así como que sean parecidos a ellos. Sin embargo, ambas pretensiones no tienen por qué significar lo mismo ni ir unidas. Donde las objeciones éticas a la clonación humana ganan fundamento es justamente en este punto: el ideal de la reproducción humana llevado hasta el extremo de su literalidad. Es decir, el ansia de la duplicación y la repetición, proyectado en el hijo, choca violentamente contra la cabal caracterización del ser humano entendido como individuo autónomo, indivisible e irrepetible, insustituible, único en su especie porque así corresponde a su especie. Los humanos son hijos de hombre y mujer, de padre y madre, del azar y la necesidad, de la fortuna y la determinación, criaturas nacidas desde una acción y una voluntad ajenas, pero que aspiran a la propia determinación y al libre desenvolvimiento como personas. Nacen dentro de la comunidad humana y dentro de las posibilidades humanas, y es francamente muy controvertible tomar por legítima la acción de limitar y constreñir tales perspectivas diseñando unas privilegiadas, aunque singulares, comunidades de destino en lo particular, en las que les resulte a sus miembros muy difícil salir o despegarse algún día, si así lo desean, para incorporarse a otras, distintas, y desde luego altamente incomprensible transferir a la descendencia *deliberadamente* una carencia o discapacidad —por ejemplo, la sordera— sin posibilidades de reversibilidad para que no pueda escapar *nunca* a dicho destino.

Tal cosa supone anteponer la pertenencia a una «comunidad específica» a la pertenencia a la comunidad de la especie. Se puede nacer sordo o ciego o enano o hemofílico, sin perder por ello un ápice de humanidad, pero favorecer en un nuevo ser que viene a la vida la presencia de esas condiciones o estados, preferirla, y aun privilegiarla, frente a la virtualidad de su ausencia o su prevención, significa abaratar o depreciar sin más el horizonte de la humanidad. Y son éstas cosas bien distintas. En especial, si reparamos en que en estos casos se trata de elegir en lugar del otro la adquisición de una característica, dando por supuesto que al objeto de la adopción se le antoja, o se le antojará, asimismo una «bendición especial» la herencia que recibe sin enmienda.

No es incorrecto considerar al hombre como un ser esencialmente heredero, pues ni nace de la nada ni renueva sus individualidades y generaciones desde un punto cero, sino que su vida recoge y enlaza, suma y sigue, la línea evolutiva de la humanidad, nuestra identidad estricta y abstracta. Desde una perspectiva cultural, el ser humano se define tan conservador como progresista, porque a

7 Véase el escrito redactado por la Comisión de Cultura, Información y Difusión de la CNSE (Confederación Nacional de Sordos de España), «¿Sordera de encargo?», reproducido en *El País* (22 de abril de 2002), en respuesta a un editorial de dicho diario (*Sordera de encargo*, 10 de abril de 2002) en el que se criticaba la decisión de «programar un hijo sordo» y se tildaba de acción «aberrante». La respuesta, precedida por el encabezamiento «Los derechos de las minorías», recoge y reproduce los conocidos argumentos de corte culturalista.

la condición de sujeto paciente y receptivo se le une la de agente y activo. De la combinación y avencencia de ambas facetas del hombre depende el éxito de su progreso. Estas consideraciones se traducen, por tanto, en una ética de reconocimiento y de herencia cultural, la cual a diferencia de las que se han apropiado de estos nombres, u otros parecidos, para hacer de ellos emblemas ideológicos, vincula a los individuos al grupo, a la sociedad, desde opciones abiertas y no cerradas, que fomentan el desarrollo de actitudes críticas y reformistas, no ciegamente continuistas ni disciplinadamente leales a la comunidad de origen. Las políticas culturalistas se caracterizan, en cambio, por la angustia obsesiva por la deserción de los miembros de *su* comunidad, cuya acción tildarían de traidora o apóstata, incluso el menor gesto o movimiento sospechoso que revelara su cuestionamiento o el desplazamiento en dirección a otros lugares junto a otras compañías. Por ello multiplican sus esfuerzos por amarrar, religar y sujetar a los individuos dentro de *su* cultura por medio de firmes lazos, que van desde la educación sentimental y el chantaje emocional a la más burda propaganda y a la política educativa de acatamiento al arcano, sin olvidar las iniciativas manifiestamente coactivas y los trabajos forzosos.

Puede convertirse en una empresa aterradora, una escalofriante utopía, la tentación de hacer que esa atadura del individuo a la comunidad le sea impuesta por la transmisión de un rasgo genético o una marca hereditaria de la que no pueda desprenderse. Las «políticas de reconocimiento» que se dejan seducir por esta especie de *blindaje* de las culturas⁸ harían así realidad su sueño de garantizar la perpetuación de la más variada diversidad cultural, de identidades culturales específicas. Lo cual, todo sea dicho, puede trocarse además en provechosas vías de seguridad social: «Criar a un niño sordo es mucho más barato que a un niño oyente; la guardería, el parvulario, la escuela y la universidad son por ley gratuitos», subraya muy oportunamente Ms Duchesneau.

He aquí un ejemplo más de cómo el crecimiento de *las culturas* brota tantas veces del malestar en *la cultura* y la promoción de las comunidades, de un profundo resentimiento hacia la sociedad. Porque no es en absoluto casual que las madres involucradas en el caso de la «sordera por encargo», así como las personas privadas o públicas que simpatizan con ellas, incidan continuamente en el argumento según el cual no es la sordera (se supone que, por extensión, tampoco la ceguera, el sida o la cojera) una limitación o una desventaja en sí misma considerada, es decir, una minusvalía o discapacidad, sino que, por el contrario, es la sociedad, en su congénito egoísmo e impenitente insolidaridad, la que, al no hacerse cargo de estas identidades o culturas ni protegerlas y beneficiarlas, fuerza a las minorías a segregarse y a constituir sus propias comunidades con miramientos especiales, derechos de pertenencia y deberes de lealtad⁹. Y cuando no es la sociedad, es el individualismo del hijo oyente de sordos que no aprende o aprende insuficientemente o con poco entusiasmo el lenguaje de signos para comunicarse con sus padres. O, por situarnos en otro supuesto, el hijo de unos padres de una lengua minoritaria que opta por el uso preferente de una lengua distinta de ésta. ¿Qué podría hacerse, entonces, para evitar o atajar *concluyentemente* estas o parecidas deserciones?

8 He tratado de estos asuntos, y otros contiguos, en «Responsabilidad moral y temporalidad en una ética del presente», *CONTRASTES. Revista interdisciplinar de Filosofía*, Sección de Filosofía de la Universidad de Málaga, vol. VII, 2002.

9 Stephen Rooney, portavoz para la Asociación Británica de Sordos (*British Deaf Association*), realizó a la *BBC News Online* (8 de abril de 2002) la siguiente declaración a propósito de los hechos que examinamos: «El problema real no es si hay personas que están intentando diseñar bebés sordos, sino cómo la sociedad impide reiteradamente que los niños sordos disfruten de los mismos derechos, responsabilidades, oportunidades y calidad de vida que el resto».

5. De cómo la diferencia y la minusvalía se tornan en orgullo (y aun en vindicación)

Pero, ¿qué es normal? ¡Cuidado antes de contestar! ¿Quién *se atreve a decir* de algo o alguien que no es «normal» en estos tiempos, desde hace tiempo? ¿Cómo puede olvidarse, o pasar por encima, así como así, de la antipsiquiatría, la pedagogía anarcosublimadora, la teología de la liberación y el posmodernismo? Demoremos, entonces, la respuesta a la primera pregunta, y hagamos tiempo y reflexión atendiendo a esta otra: ¿por qué no hay propiamente palabras —o si las hay se juzgan imprecisas y vagas— que expresen convenientemente la ausencia de minusvalía o discapacidad? ¿Quizá porque no se considera necesario enfatizar lo que se da por natural?

De quien no es sordo se dice que es «oyente», pero oyente no es, en rigor, quien puede oír sino quien escucha. De quien no es ciego se dice que es *vidente*, mas, la voz «vidente» no remite tanto a quien puede ver cuanto a quien ve más de lo normal o ve demasiado (*p. ej.*, el profeta o el televidente¹⁰). De la persona que no es muda se dice que es «hablante», pero principalmente «hablador», que es cosa bien distinta de aquélla, ya que la locución «hablante» suele emplearse para señalar al sujeto usuario de una lengua determinada (*p. ej.*, para nombrar la condición del «hispanohablante»: persona que tiene como idioma propio el español), sin olvidar el hecho de que los antiguos romanos calificaban al hombre de *animal loquax*, el animal locuaz, parlanchín, o sea hablador, o, como propone Ernst Cassirer, «que continuamente está hablando consigo mismo»¹¹. Del que no es enano se dice que es «gigante», expresión que se nos antoja exagerada. Y tanto más si por la misma razón, a la inversa y por justa reciprocidad, al que no es gigante se le tilda de «enano». Se pueden requerir más citas, pero con las ya apuntadas debería quedar claro que por esta línea discursiva no se atisba más que la desembocadura del relativismo que, como se sabe, agota sus tesis en la línea plana de la inconmensurabilidad, allí donde todos los gatos son pardos y el territorio carece de relieve. Y ese escenario no resulta prometedor ni sensato.

Ni todo es lo mismo ni da lo mismo. Una característica humana genérica no puede, rigurosamente hablando, ser apreciada como cosa idéntica a su carencia o insuficiencia o a su reemplazo por una alternativa (*p. ej.*, una prótesis) que no supliría el original, ni superaría nunca la condición de remedio que subsana. En puridad, ni siquiera debiera ser apreciada en sí misma, y todavía menos ser elevada a estatuto de característica deseable o privilegiada, o aun envidiable, pues esto significaría tomar lo accidental como esencial, y tengo para mí que sería llevar las cosas demasiado lejos. Por ejemplo, la cosa del orgullo.

¿Qué es normal? Dos testimonios. Primero: «La sordera constituye una forma de normalidad, distinta de otras normalidades, pero no inferior», afirma Candice McCullough¹², y apostilla su pareja Ms Duchesneau: «Ser sordo no es bueno ni malo». Segundo: «la sordera es una característica biológica que ha dado lugar a una cultura que enriquece y da vida.», se ha visto en la necesidad de precisar la CNSE (Confederación de Sordos de España) a raíz de este caso, para salir al paso de las críticas¹³. Llegados a este punto, no debe escapársenos que estamos tratando un tema de fuertes componentes emocionales, que no puede tomarse a broma o a la ligera, ni reducirse a anécdota o a cosa

10 En un célebre ensayo que examina las virtualidades del *homo videns*. Giovanni Sartori opone el concepto «animal *vidente*» al de «animal simbólico» para dar cuenta de cómo el hombre actual de las sociedades modernas se aparta perjudicialmente de su condición natural: *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid, Taurus, 1998, p. 26.

11 Citado por Sartori en *ibid.*

12 *El País*, 9 de abril de 2002.

13 Véase el comunicado «¿Sordera por encargo?» de Felisa Pino, coordinadora de la Comisión de Cultura, Información y difusión de la CNSE (Confederación Nacional de Sordos de España).

trivial, pues es sentido por los afectados y allegados como tema muy personal, de fuerte carga afectiva, materia bastante susceptible, en fin. Lo que llama la atención, empero, es que algunos se lo tomen con tanta... naturalidad. Los asuntos que excitan las pasiones o exaltan la sensibilidad, porque atañen a sentimientos humanos profundos, sin duda, deben abordarse con miramiento y discreción (en realidad, como todos, pero acaso éstos todavía más), y antes que nadie, por parte de los tocados o directamente interesados en ellos, quienes ni encontrarán en la bienintencionada compasión ni el vano consuelo último remedio a su situación.

Creo que la actitud más apropiada para acercarse a estas situaciones es la del respeto —por ambas partes, espectadores y afectados—. Pero, debe recordarse que respeto quiere decir, antes que nada, autorrespeto, pues eso significa propiamente: «reconocimiento», saber estar uno en su sitio (más que ponerse en el lugar del otro¹⁴) y tomar las cosas en consideración (del latín *respicio*), en serio, por lo que en realidad son, tratarlas como corresponden. Cuando, por el contrario, uno mismo se *altera* o invierte el sentido de las cosas, las trastorna, entonces triunfan inevitablemente la simulación, el disimulo, la afectación, la desmesura y el encubrimiento. También el orgullo sublimado, desmedido, inoportuno.

Es cada vez más habitual observar cómo las minorías activistas y defensoras de la diferencia y la minusvalía se ven tentadas a enarbolar el rasgo propio no sólo como una peculiaridad merecedora de distinción sino casi como una conquista, como un motivo de orgullo y aun de vindicación¹⁵. Así, colectivos de homosexuales militantes no se conforman con reclamar su derecho a optar libremente por una determinada inclinación sexual sino que dicha elección la presentan como la opción más liberadora de entre las existentes, pues *en el fondo*, dicen, todos somos de su condición, es decir, homosexuales, o al menos, bisexuales, sólo que reprimidos: no queremos asumirlo, nos da miedo liberar nuestra libido. Muchedumbres de norteamericanos con sobrepeso (¿o se dice obesos o gordos?) han creado una asociación bajo el lema *Fat is beautiful* (que, a su vez, emula el famoso *Black is beautiful* de los Panteras Negras de los años sesenta del siglo pasado). Y ahora los sordos defienden su derecho a la sordera y a la de sus hijos. Se dirá que no es lo mismo, que son casos distintos y que el fenómeno es muy complejo. Pero no se negará, en suma, que en todos ellos —y los similares o colindantes que no se han citado— destaca un rasgo común: desde un sentimiento de marginación y exclusión por parte de los afectados por una diferencia o discapacidad se ha pasado no a una reclamación justa y ponderada de igualdad de oportunidades y de denuncia de trabas o problemas de integración en la sociedad, sino a algo muy distinto, algo próximo a la fe del carbonero, a una creencia firme en sí mismos y en su condición que les lleva a caracterizarla como rasgo de identidad cultural o comunitaria, que, intencionalmente o no, conduce al segregacionismo y a la marginalidad. En resolución, no es que sean distintos y casos aparte, sino que quieren ser distintos y vivir aparte, entre ellos y para ellos, y sus hijos como ellos.

Todos somos minusválidos. Y no decimos esto por solidaridad, sino por obviedad. Todos los humanos presentamos alguna característica que por la deriva y el azar de la herencia genética, la intervención del medio ambiente o por el simple hecho de ir viviendo, por el paso de los años, se van adosando a nuestro ser, mermando nuestras posibilidades: la miopía o la alopecia no faltan, por

14 Véase mi «Afecto y afectación en la simpatía. ¿Lleva el movimiento simpatizador a ponerse en el lugar del otro?», en *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, Santiago de Compostela, volumen IX, número 2, diciembre 2000, pp. 43-55.

15 También existe, por ejemplo, la escritura braille, diseñada para personas ciegas, la cual nadie aún, que yo sepa, ha vindicado como identidad sociocultural que haya que amparar y extender *en sustitución* de las otras escrituras y lenguas de uso.

poner dos casos, hasta en las mejores familias. Se dice (la pista del rumor conduce a los propios míopes y a algunos propietarios de ópticas) que se trata de una particularidad, después de todo, muy interesante, porque la mirada torva y lánguida del miope resulta muy atractiva. También se oye decir que, bien mirada, la calvicie monda y lironda —sobre todo en los varones— resulta muy sexy. Creo, con todo, que existen muchas otras cosas que el ser humano puede hacer y de las que sentirse orgulloso por más y mejores motivos; por ejemplo, actuar de manera creadora, productiva, bienhechora, liberal y provechosa, en lugar de exhibir un rasgo que no posee valor intrínseco.

Asimismo, respiran el mismo aire consolador y farsante las recreaciones que se hacen de ciertas situaciones fortuitas pero presuntamente no deseables, las cuales se hacen pasar por experiencias enriquecedoras, que reportaron al que las padeció ventajas impensables, beneficios derivados, como son las de aquellos que padecieron larga enfermedad en la niñez o adolescencia, de la que devino posterior curación, pero les reportó una experiencia muy romántica, o las de los que penaron prisión, lugar en el que les sobrevino una milagrosa inspiración literaria que contribuyó en gran medida a la composición de páginas inmortales. No creo, sin embargo y a pesar de los virtuales efectos, que se trate de horizontes ejemplares para el hombre, escenarios recomendables o transferibles. Y si estos no lo son, menos lo serán las perspectivas de vida que encierran severas discapacidades que inhabilitan o siegan potenciales aptitudes humanas. Por más que quiera embellecerse la discapacidad —o regularizarse lo singular o convertir lo menor en mayor—, lo cierto es que el ejercicio de aferrarse y obstinarse en su recurrencia, en su vindicación, publicitarla, celebrarla, o imponerla sin su consentimiento a otros, acaba desencadenando una práctica imprudente, excéntrica y hasta cruel.

De este modo, el discurso apasionado de la diferencia se excita con facilidad y promueve argumentos hinchados de resentimiento¹⁶ y hasta de racismo: «Algunos dicen que no deberíamos haber tenido hijos con esa minusvalía [luego reconoce la minusvalía. FRG]. Pero también los negros tienen más dificultades sociales que los blancos. ¿Impide eso que mujeres blancas elijan inseminarse de un hombre negro, si quieren? Todas las opciones deben mantenerse abiertas»¹⁷. Ahí queda dicho, por Ms McCulloch, no por mí: si la sordera es una minusvalía, el ser de raza negra, lo mismo. *Todas las posibilidades dice que son posibles.*

No nos confundamos. No es éste el recurso fácil, demagógico, o la reducción al absurdo empleados por el crítico de la ideología de la diferencia, sino que es aseveración sostenida por las mismas afectadas o interesadas en este caso. Pero, ya que se ha suscitado la cuestión, ya que se ha abierto la incógnita, formulemos el interrogante con claridad: ¿en verdad no tendría límite la convicción y la vindicación de la discapacidad o minusvalía, la exaltación de la diferencia, esta nueva y patética versión del *orgullo del pobre*?

16 No hay duda de que se cobija mucho resentimiento, junto a odiosas comparaciones, en la siguiente declaración de una mujer americana sorda, Ms McCulloch, impedida usuaria del idioma inglés hablado, *lingua franca* en todo el mundo: «Las personas sordas no son más inválidos que alguien que habla francés, italiano o japonés. Hay por todas partes obviamente límites: como cuando usted se detiene en la calle o compra algo de una tienda. Pero usted acepta que hay límites tanto cuando se encamina fuera del mundo sordo como en el mundo oyente —justamente lo que hacen los que oyen cuando van al extranjero.»

17 *El País, loc.cit.*